

Los simios de Livorno

Con un rugido espantoso, la bestia se abalanzó sobre la mujer que, como todos, huía de aquel horror inesperado. Era un diablo cubierto de pelo hirsuto de la estatura de un hombre, con colmillos afilados que asomaban por un hocico espeluznante y unas manos negras como garras. La mujer soltó la jarra de agua y gritó, pero nadie acudió a socorrerla, puesto que todos se habían refugiado ya en las casas y hasta se habían apresurado a clavetear puertas y ventanas. En el pequeño puerto de Livorno únicamente se oía un siniestro martilleo de tambores, semejante a la escolta de un condenado a muerte: eran los soldados que intentaban asustar a aquellas horribles bestias, para ahuyentarlas de la población o empujarlas hacia el mar. Pero había demasiadas, era una auténtica invasión, parecían embajadores del Diablo.

La mujer cayó de bruces, renunció a cualquier intento de librarse del animal y se cubrió la cara. La jarra de cobre rodó cuesta abajo, con un ruido casi acompasado. El enorme simio le destrozó la ropa, le desgarró la piel, entre salvajes chillidos cada vez más agudos, y luego hundió los colmillos en su blanco cuello.

Al fondo de la calle apareció un soldado, con el arcabuz al hombro. Por un momento, al ver aquel atroz espectáculo, vaciló. Luego apuntó con el arma y prendió la mecha, que no tardó en arder y en lanzar el disparo. Tras alcanzar a la bestia a pocos pasos, ésta profirió dos últimos alaridos y cayó en el charco de su propia sangre. Sin embargo, ahora la vida del soldado estaba en peligro: para recargar el arma iba a necesitar unos cuantos minutos, y además el polvo negro que llevaba en el cuerno de hueso colgado de su casaca estaba a punto de agotarse. El soldado oía los pasos frenéticos de las bestias y por un momento se sintió perdido. Cuando

finalmente las tuvo ante sí, en la embocadura del callejón, se des- hizo del arcabuz, que pesaba demasiado y ahora resultaba inútil, y echó a correr con todas sus fuerzas.

El muelle estaba desierto, los simios corrían en desbandada por las calles de toda la ciudad y los pocos hombres armados que había no lograban detenerlos. Sólo pudieron dar muerte a una decena de ellos, y en cambio fueron muchos los soldados que cayeron bajo las garras de esos diablos. Las bestias ennegrecían las calles como una multitud ignota: nadie intentó averiguarlo con exactitud, pero se contarían por millares. Era como si las espoleara una furia y una crueldad deliberada: los habitantes del pequeño burgo no podían evitar pensar en los pecados cometidos y en un terrible castigo de Dios.

Pero los simios no fueron las únicas criaturas que recorrieron las calles de Livorno a la deriva, aquel gris amanecer de un día de abril del año del Señor de 1504. Había un hombre que también corría desesperado, y no se trataba de un armígero ni tampoco de un livornés. Su aspecto era el de un forastero y no huía del ataque de los simios, más bien parecía avanzar junto a ellos, inflamado por la misma ira ciega. De vez en cuando, en su carrera, perdía el equilibrio y rompía el paso, bajo el peso de un voluminoso códice encuadernado con dos láminas de madera recubiertas de piel de oveja. Si alguien hubiera mirado de cerca a aquel hombre, habría reparado en sus peculiares botas con la caña doblada, el farseto anudado a la cintura y un singular jubón de color rojo de suntuosa tela. Y si alguien se hubiera acercado todavía más a él, habría visto sus ojos claros y el pelo cobrizo, lacio y largo hasta el cuello. Aunque lo que de verdad resultaba singular era que los simios enloquecidos, algunos de ellos gigantesco y más altos que un hombre, no sólo no le atacaban, sino que parecían guardarle una distancia prudente.

Era como si aquel extranjero huyera de otra cosa, o más exactamente de alguien. Porque también había otros hombres, pertrechados al igual que los soldados livorneses, que rastreaban la ciu-

dad, el muelle y la playa cercana, manteniéndose hábilmente alejados de la furia de los simios. Tres de esos hombres llevaban el rostro y las manos cubiertos y empuñaban armas ligeras y contundentes que, con todo, se abstendían de usar; pasaron ante un niño que había caído en las garras de una de las bestias más gigantescas y negras, y que pedía ayuda con desesperación, pero ni siquiera entonces aminoraron la marcha. Lo dejaron morir despiadadamente. Sólo les interesaba su presa, y la avistaron en una plaza donde algunos simios corrían alrededor de un pozo, en círculos, acuciados por su inagotable furor y semejantes a horrendas brujas de un aquelarre infernal. El hombre del jubón rojo se dio cuenta de la presencia de los soldados con la cara cubierta y comprendió que no tenía escapatoria. Únicamente llevaba un puñal consigo, mientras que sus enemigos contaban con sofisticadas armas de fuego. Haciendo acopio de fuerzas, se lanzó a correr como un loco por el único callejón, estrecho y apto para la huida, que tenía enfrente. Si su suerte estaba echada, al menos debía alcanzar su meta y entregar el códice, evitando que sus perseguidores lo descubrieran.

Logró dejarlos atrás y al fin llegó a una casa que ostentaba dos pequeños diablitos de piedra en las ventanas, cerradas a cal y canto: ahí dentro lo estaban esperando y, quién sabe, en nombre de la caridad cristiana quizás lo esconderían y lo salvarían de una muerte segura. Llamó a la puerta desesperadamente, vociferando en una lengua extraña, cercana en su cadencia a la melodiosa habla de los genoveses. Alguien abrió un poco el ventanillo, y pudo distinguir en la penumbra la silueta de un anciano y luego una mano que se extendía hacia él con el gesto de alcanzar el gran códice. El hombre entregó el libro de inmediato y aquel movimiento selló su suerte, porque la puerta se cerró de golpe. La aporreó con los puños, pidió ayuda por segunda vez en su idioma incomprensible, pero todo fue inútil. Sólo entonces comprendió por fin que su vida estaba perdida: se encaminó hacia el mar, víctima únicamente de su propio instinto, como habían hecho también sus damnificados compañeros de viaje. Los tres hombres con el rostro cubierto lo

avistaron de nuevo, esta vez sin su libro, mientras corría en las proximidades del muelle. Fueron tras él esquivando a las bestias enfurecidas y sin tener que hacer uso de las armas y, finalmente, le dieron alcance al fondo de una rampa que bajaba a la dársena. El hombre se quitó el jubón e intentó deshacerse también de las botas, pero sus enemigos ya le pisaban los talones, y entonces se lanzó al mar y comenzó a nadar entre las gélidas olas. Uno de los soldados lo apuntó con su arcabuz, pero el que parecía estar al mando le detuvo con un gesto imperioso: lo querían vivo, tenía que decirles a quién había entregado el libro. El tercer perseguidor ya se había despojado de sus ropas y saltó al agua con el puñal sujeto entre los dientes. El fugitivo nadaba con dificultad debido a la ropa que lo arrastraba hacia el fondo, mientras que el otro iba acortando la distancia. Se enzarzaron en una lucha desesperada, en el agua, hasta que el perseguidor logró aturdirlo de un puñetazo, lo agarró por el cuello y lo remolcó hasta la orilla.

Lo dejaron tendido sobre las rocas blancas del muelle. Daba la impresión de que ya no respiraba, y el perseguidor, todavía desnudo, se agachó sobre él para comprobarlo; en aquel momento el forastero desenfundó su puñal y se lo clavó en el vientre. Entonces el tercer soldado prendió la mecha de su arma y, antes de que el otro pudiera detenerlo de nuevo, lanzó un disparo que abrió un agujero en la almilla del extranjero, del que salió un borbotón rojo de sangre. Pero, para su indecible desgracia, no murió en el acto. Y los otros lo aprovecharon para someterle a los peores tormentos que fueron capaces de infligirle con los medios que tenían a su alcance: precisamente en aquel campo, eran auténticos artistas, y antes de entregar su alma, el desventurado hombre tuvo la debilidad de hablar.

Los dos hombres con el rostro cubierto ataron piedras al cuerpo de su compañero y lo lanzaron al agua; se quitaron los uniformes de la guardia de Livorno y, vestidos con simples túnicas, se escondieron en un refugio preparado desde hacía tiempo, con el cuerpo del forastero a cuestas. Esa noche tenían que llevar a cabo

una importante misión y debían estar muy atentos, puesto que otros extranjeros enemigos rondaban por la ciudad.

Aquella noche fue terrorífica para la ciudad de Livorno, pero al despuntar el día todo estaba en calma. Los simios habían sido abatidos o se habían dispersado por los campos. Mientras el sol salía por detrás del monte Pisano, los dos hombres disfrazados se descubrieron el rostro y cruzaron al paso los muros de la ciudad. Se apresuraron a partir, por caminos secretos, en dirección al norte.

La fosa del Arno

Dos carros cubiertos avanzaban lentamente por el estrecho camino que bordeaba el río, directos hacia la excavación del Arno. La pequeña caravana contaba también con dos parejas de soldados a caballo de la guardia especial del Palazzo dei Priori, que abrían y cerraban la marcha. Era una defensa obligada, ya que en la primera carroza viajaba el Primer Secretario de la República de Florencia, nacida como flor de libertad de la arrogancia de Carlos de Francia y de la necedad de Piero de Médicis, que desde hacía tiempo vivía en el exilio tras la revuelta del pueblo. El Primer Secretario era un hombre bastante poderoso, puesto que sólo dependía del gonfalonero Pier Soderini. Junto a él viajaban ser Durante Rucellai y la joven mujer que lo acompañaba, conocida con el nombre de Ginebra. Los siervos y el equipaje personal ocupaban la segunda carroza.

Ser Durante era un hombre de treinta años, alto, rubio y de aspecto muy agradable. Había estudiado Letras y Medicina en Bolonia y en Nápoles, y en los círculos más influyentes de Europa se decía que sus ambiciones políticas apuntaban a los altos cargos de la República, incluso quizás al título de gonfalonero. Llevaban ya casi diez horas de viaje, y la hermosísima Ginebra, cuya negra melena contrastaba con la tez blanca y los ojos azul celeste, pidió si podían hacer un alto en el camino. Las carrozas detuvieron su marcha cerca de un pequeño torrente encajado entre dos hileras de cipreses. Una joven doncella salió del segundo vehículo con un gran paño de color verde doblado, corrió hacia su señora y la ayudó a descender de la carroza; seguidamente, las dos bajaron hasta el arenal del riachuelo y dirigieron sus pasos a un rincón apartado. Desde el camino sólo podía verse uno de los bordes del paño, que la doncella había tensado bien entre árbol y árbol, a modo de eficaz escudo.

Los hombres decidieron aprovechar aquella pausa para caminar un poco y desentumecer los miembros, a excepción del Primer Secretario, que prefirió quedarse en el carruaje escribiendo en un pequeño breviario encuadernado en cuero de color rojo. Tenía que encargarse de urgentísimos asuntos de Estado, y en aquel cuaderno escarlata, pequeño e implacable, anotaba los nombres de los Paleschi, apelativo con el que el pueblo había bautizado a los facciosos de los Médicis que bregaban por la restauración de la tiranía. Su lápiz, sin embargo, también se detenía sobre ciertos nombres de los cabecillas de los Piagnoni, secuaces del difunto Savonarola: hombres de ideales opuestos, y no por ello menos peligrosos, dado que su fe en Dios superaba con creces los límites del fanatismo. En los tiempos en que el padre dominicano dictaba leyes, habían llegado a quemar imágenes profanas y libros mundanales en las plazas, y al Secretario no se le escapaba que de haber podido también le habrían quemado a él, condenándolo a la misma pena con la que habían condenado a su superior.

No tardaron en reanudar el viaje, y ya era mediodía cuando llegaron cerca de la excavación. Puesto que no estaban lejos de la frontera con Pisa, los soldados prepararon los serpentines y se calaron los arcabuces al hombro: las incursiones de los enemigos eran frecuentes, pues eran los más interesados en entorpecer los titánicos trabajos en curso.

En realidad, la obra no revelaba en absoluto su naturaleza colosal a quien llegaba a pie o a caballo. Visto de cerca, hasta habría podido parecer un mero trabajo de labranza, desproporcionado tal vez, como si se hubiera artigado la tierra para plantar en ella un gigantesco viñedo. Desde agosto del año anterior, cincuenta cuadrillas de veinte hombres cada una se afanaban en los trabajos de excavación, en turnos de cuatro horas, con el fin de no interrumpir la obra en ningún momento. Así, continuaban excavando también de noche, a la luz de grandes antorchas, y dos líneas de arqueros e infantes, armados con serpentines y alabardas, vigilaban apostados a ambos lados de la enorme trinchera. En el centro de la excavación,

bajo el mando de un capataz, hombres escogidos maniobraban con una inmensa máquina construida en madera y hierro. Sus piezas metálicas centelleaban al sol, como si fueran de plata. Parecía una simple grúa, aunque sus dimensiones eran desproporcionadas, y se alzaba sobre ruedas y podía moverse sobre su eje. Una pala dentada levantaba la tierra y la grava con una potencia y una rapidez jamás vistas hasta el momento, y transportaba la carga en alto hasta volcarla en otra parte, con un estruendo descomunal. Un grupo de hombres armados rodeaban el aparato como si lo defendieran no sólo de los enemigos sino también de las miradas demasiado curiosas de los propios hombres que trabajaban en la excavación.

La carroza prosiguió su marcha entre curvas y revueltas, subió una suave colina y se detuvo en un recodo desde el que se dominaba una gran extensión de la llanura del Arno. El primero en bajar fue el joven Durante, quien ayudó a su vez a Ginebra; pero al tenderle el brazo al Primer Secretario éste lo rehusó con una sonrisa de cortesía. En realidad los rasgos de su rostro no denotaban la altivez de un noble florentino; más bien parecía, cuando menos a primera vista, un hombre astuto del pueblo o uno más entre los sagaces campesinos que habitaban las colinas de los alrededores de la Gran Villa d'Arno. Tenía el pelo negro y corto, un rostro enjuto de pómulos prominentes y los ojos pequeños y vivaces. Su mirada, incluso en los momentos más serios o solemnes, conservaba cierto aire mordaz, aunque sin ninguna sombra de altanería u hostilidad.

Nicolás di Bernardo Maquiavelo, Primer Secretario de la República de Florencia, dio un salto para bajar del carruaje y cayó seguro de sí mismo sobre sus ágiles piernas. Fue él quien se encargó de explicar el progreso de la inmensa obra a sus huéspedes. Se acercó a la escarpadura y señaló la excavación, que arrancaba de un meandro del Arno y se extendía en línea recta hacia el mar. Sólo desde esa perspectiva podía apreciarse que la excavación era en realidad un canal artificial.

—Desviará el curso del Arno de la ciudad de Pisa, aunque ésa no será su única finalidad.

Durante permanecía atónito y maravillado.

—Quieren vencerlos por la sed —dijo, señalando a Ginebra el delgado dique de tierra que separaba el canal en construcción del caudal del río.

El Secretario volvió a sonreír y asintió.

—Una ciudad sin abastecimiento de agua es una ciudad muerta, y la orgullosa Pisa lo acusará especialmente, hasta tal punto que tendrá que deponer las armas y dar fin a esta absurda guerra.

—Pero *vosotros dos* habéis planeado algo muy distinto, ¿no es cierto, ser Nicolás?

Durante se refería a aquel hombre extraordinario que había proyectado al detalle esa obra ambiciosa y en cierto modo extravagante, con la revolucionaria máquina excavadora móvil incluida. El Primer Secretario sonrió a su manera, tensando los finísimos labios sobre su delgado y huesudo rostro.

—La guerra es por naturaleza un acontecimiento transitorio, Durante. La paz, o mejor dicho la ausencia de combate, tiene una vida más larga. El canal que dejará a la ciudad de Pisa sin agua será una vía navegable: a lo largo de su curso veremos crecer molinos, aldeas y quién sabe si nuevas ciudades. *Él* dio forma a la idea mientras era huésped del dux Contarini: construyó para él canales practicables que ahora unen su villa de Piazzola con Venecia. Algún día la Toscana será un único principado, sustentado por leyes y no por despotismos, y el mero recuerdo de un tiempo en el que ciudades tan próximas tomaban las armas unas contra otras parecerá ridículo.

—El principado que imagináis —observó el joven rubio— es como el de una fábula, o a lo sumo el de un deseo...

—Hubo un tiempo en el que un único imperio dominaba el mundo entero, Durante. Y también existió quien intentó resucitarlo.

Se quedaron un rato admirando tan sugestivo panorama: el eco lejano de las voces de los excavadores se mezclaba con el atormentado chirrido que hacía la gigantesca máquina al levantar la tierra y

descargarla lejos del lecho del canal, tirada por cuatro yuntas de bueyes. A continuación, subieron de nuevo a la carroza y regresaron al llano, para dirigirse finalmente a los recintos donde se alojaba el personal.

—Los encontraron hace dos días, a primera hora, justo después del último cambio de turno de la noche. —El capataz de la excavación del Arno, Michele Almieri, un hombre robusto de unos treinta años y de cabellos cortos ya encanecidos, estaba sentado frente a Nicolás Maquiavelo, Durante Rucellai y Ginebra. Había mandado traer agua y vino, disculpándose al tiempo por las toscas jarras y los vasos de terracota sin pulir—. Los cuerpos yacían al fondo de una trinchera que había excavado la máquina. Por otra parte, ya sabéis de qué raza son los cadáveres, messer Nicolás...

El Secretario afirmó con la cabeza. Había emprendido ese largo e incómodo viaje precisamente por esa noticia extraordinaria: prefería no delegar la investigación, al menos por el momento, al Capitán de Justicia. Mastro Michele Almieri se levantó para buscar algo en un baúl.

—Éste es el pasquín que clavaron delante de los cuerpos. Agentes pisanos, sin duda, acostumbrados a infiltrarse. De noche se aventuran hasta nuestras líneas para degollar a los centinelas. —Y enseñó al secretario, a la vez que intentaba ocultarla a la mujer, una tabla de madera blanqueada con cal y con unas letras torpemente dibujadas en pintura negra:

*Que las armas secretas del diablo vayan a dar en el culo
de Maquiavelo.*

El Primer Secretario sonrió, y esa reacción dejó algo desconcertado a mastro Michele.

—Me gusta, va directo al grano. Algún día quisiera escribir

algo con este mismo tipo de lenguaje, sin artificios, retóricas ni demás remilgos vergonzosos. ¿No os parece magnífico, Durante?

El joven patricio había aprendido a conocer a Nicolás a lo largo del dilatado viaje, y aquella extravagante salida no le sorprendió lo más mínimo. Decidió seguirle el juego y le devolvió la sonrisa, abrazando por la cintura a la hermosísima Ginebra, que entretanto se había puesto en pie y se había acercado a él haciendo crujir la seda de su precioso vestido contra la ropa de terciopelo del joven. También ella lanzó una carcajada, franca y sonora:

—¡Sin duda es original! Y puede que tengáis razón, ser Nicolás: en cierto modo hasta resulta hermoso. Pero ¿a qué armas secretas se refieren los pisanos? ¿Y qué han encontrado en esta excavación, si se me permite preguntar?

Maquiavelo cruzó su mirada con la de Almieri, alarmado, y movió la cabeza en señal de afirmación, tranquilizándolo. El capataz volvió a dejar el pasquín en su lugar, vaciló por un momento, y después se dirigió a Ginebra con una leve reverencia:

—Nadie sabe a qué se refieren los pisanos, eso dando por sentado que realmente hayan sido ellos quienes han puesto el pasquín junto a los cuerpos. No existen armas secretas florentinas, hasta donde sabemos el Secretario y yo...

—Entonces habría que averiguar hasta qué punto son secretas: ¿quizá alguien más importante que vosotros esté al corriente?

Mastro Michele no estaba acostumbrado a que una mujer lo azuzara de ese modo, por muy instruida y bienhablada que fuera, como podía deducir de sus vestidos ricos y llamativos. Se sintió incómodo y algo confuso.

—No hay armas secretas, madonna, y nadie hay más importante que el Primer Secretario.

La mujer no cejó.

—A lo mejor Pier Solderini, el gonfalonero de la República.

Durante estrechó afectuosamente la mano de Ginebra, que se estaba acalorando demasiado, algo que sucedía a menudo cuando entablaba discusiones con ciertos hombres poderosos.

—Ser Piero confía plenamente en sus colaboradores, querida, y entre ellos ser Nicolás es el primero.

Maquiavelo asintió, con su acostumbrada sonrisa. Michele Almiéri, que se había sonrojado, retomó la explicación:

—El hallazgo junto al pasquín, por otra parte, no parece guardar relación alguna con ningún tipo de arma conocida: son cinco cadáveres, verdaderamente extraños...

—Quisiera verlos lo antes posible, si no os importa. —Nicolás ya se había levantado y se había puesto el jubón.

El frío punzante se colaba por entre las rendijas de la caseta en gélidas rachas. A lo lejos se oía el peculiar chirrido de la gran máquina excavadora. El capataz se cubrió con una capa negra de pieles y se dirigió hacia la puerta.

—Madonna Ginebra nos disculpará, espero, si en el recinto no disponemos de mujeres que la puedan acompañar. Su doncella podrá acomodarla en mi alojamiento, si quiere descansar, mientras preparan sus habitaciones...

Ginebra estaba ya ante la puerta de la caseta, con la estola de piel sobre los hombros, su melena negra, larga y ondulada cayéndole por el cuello y los ojos azules risueños y chispeantes. Su boca, sin embargo, conservaba serio el semblante:

—No os toméis la molestia: he venido con messer Durante y veré lo mismo que él.

—No es un espectáculo digno de una...

—Cuidado, maestro: si intentáis tratarme como a una dama que ocupa sus días hilando ante la ventana, pronto sufriréis las consecuencias. No me conocéis, pero Durante y ser Nicolás podrán deciros cuáles son mis costumbres y cómo suelo comportarme. Dispensadme el mismo trato que a un hombre o acabaremos mal.

A Michele Almiéri la rareza de esa gente le estaba agotando la paciencia: conocía de sobras a Nicolás Maquiavelo, digno de su fama de hombre excéntrico y cínico, y otras veces cruel; pero aquella bellísima mujer, espinosa como un erizo, y aquel joven alto, de-

masiado apuesto y también en cierto modo misterioso, le causaban aún mayor desconcierto.

—Como queráis. Venid conmigo, y cuidado dónde ponéis los pies.

En uno de los lados de la inmensa excavación habían allanado un camino transitable, por el que circulaban los carros que cargaban tierra y rocas desmenuzadas. La pista de tierra de color amarillo y blanco, completamente despejada, y el horizonte cerrado por la escarpadura de la excavación no hacían pensar en la floreciente llanura toscana, sino más bien en un desfiladero alpino o en el lecho de un antiguo glaciar deshelado, como los que había más allá de los valles de Trento. El frío arreciaba, y la tierra, aunque batiada, era dura como una piedra. Con todo, la ausencia de viento en aquella depresión artificial imprimía en el aire una pesantez extrema, por lo que Nicolás, Durante y Ginebra avanzaban con gran resuello y cierta fatiga. El Primer Secretario miraba atentamente la pared empinada que bordeaban, la piedra viva de la excavación abierta por los picos y la milagrosa máquina: se fijaba con curiosidad en la sucesión de estratos de distintos colores, ondulados y semejantes a las vetas de las rocas de montaña, como si una fuerza sobrehumana los hubiera doblgado para amontonarlos sobre el terreno. Ser Durante, que caminaba a su lado, se dio cuenta de su interés.

—Son los signos del paso del tiempo: ciclos larguísimos, que comenzaron con la Creación.

—Aunque apenas han pasado cinco mil años...

—Eso dicen las Escrituras.

—¿Y os parece que esas venas tienen algún significado?

—Podéis considerarlas como páginas de un libro: aluviones, terremotos, erupciones de volcanes antiquísimos que han sedimentado un estrato sobre otro, y que ahora esta inaudita excavación saca a la luz, como un cuchillo que cortara el tronco de un ár-

bol, desde la corteza hasta la profunda savia, para revelar así los anillos de su crecimiento.

Almieri caminaba delante de ellos y de vez en cuando se detenía y hablaba con otros capataces, mientras un enjambre de excavadores, recubiertos de arriba abajo por un polvillo blanco cual estatuas de tierra, trabajaban sin tregua. A intervalos se oía de nuevo el lejano chirrido de la máquina. Finalmente, llegaron a una trinchera más profunda donde la excavadora se había topado con una gran roca, y habían tenido que trabajar duro para extraerla. Alrededor habían levantado una empalizada, y dos soldados montaban guardia. Ser Michele abrió una pequeña puerta y exhortó a sus invitados a tomar las debidas precauciones mientras se asomaban al hoyo. Al fondo, en un rincón, la tierra era de un color insólito, extrañamente blanca. Almieri ordenó a un oficial que retirara con un escobón la capa superficial. El hombre barrió con extrema delicadeza, hasta que aparecieron unas siluetas negras.

Ginebra, aunque acuciada por la curiosidad, no pudo evitar desviar la mirada hacia otra parte, desalentada y con una mueca de dolor. Maquiavelo y Durante, en cambio, permanecieron con los ojos clavados en aquel espectáculo, que sin duda esperaban que fuera asombroso, aunque no hasta ese punto.

La notomía

Al fondo del hoyo, resguardados de miradas extrañas, yacían los cadáveres de cuatro oscurísimos hombres africanos, en avanzado estado de descomposición. Pero lo más desconcertante era el quinto cuerpo, que parecía un monstruo salido de los grabados de los libros de viajes fantásticos: más grande y oscuro que los hombres negros, cubierto de pelos negrísimos e hirsutos, y con el hocico prominente y entreabierto por el que asomaban unos terribles colmillos blancos. Era parecido a un hombre, pero con otras proporciones: las piernas más cortas y los brazos desmedidamente largos.

Ser Durante estaba particularmente interesado, así que se aventuró a bajar hasta el fondo de la fosa para observarlo de cerca, cubriéndose la nariz con un pañuelo bordado. Después subió, con una excitación dibujada en el rostro que a los demás les pareció fuera de lugar.

—¡Es un simio! Uno de esos denominados gorilas, que tienen el tamaño de un hombre y de los que habla Hanón el Navegante en su antiguo periplo, tomándolos por hombres de pelo espeso y larguísimo. Los portugueses a veces comercian con ellos para los serallos de los príncipes.

Almieri le secundó.

—Los hemos cubierto con salitre para conservarlos.

—¿Son sarracenos infieles?

—No, messere, conozco bien las facciones sarracenas. Son paganos del África más remota. Su descomposición se ha acelerado, quizá porque *él* los ha abierto...

—Lo contrario me habría resultado verdaderamente asombroso, tratándose de Da Vinci —sentenció Maquiavelo. También él se había adentrado en la fosa, y contemplaba entre horrorizado y con

fascinación a esa enorme bestia. Distinguió heridas de arma de fuego, en pecho y vientre, pero también brutales estacazos en el cuello. Una repugnante herida en forma de Y, cosida con grueso cordel, recorría el cuerpo de arriba abajo. La misma suerte habían corrido los cuerpos de los hombres africanos: los habían abierto en canal para cerrarlos después. También ellos habían muerto por bala de arcabuz, salvo uno, que tenía el cuello y la cara desfigurados.

Al parecer Michele Almieri le leyó el pensamiento al Secretario. Hizo un gesto afirmativo y le señaló esas espeluznantes heridas:

—El maestro pasó una noche entera trabajando en ello. —Ser Michele se persignó mecánicamente—. Y ha llenado muchos cuadernos con sus notas: luego ha abandonado los cuerpos como si fueran poco más que cáscaras vacías y ya nada pudieran importarle. Por orden del capitán de los guardias, los hemos traído aquí para que pudierais verlos.

—¿Dónde está Leonardo? Tengo que hablar con él ahora mismo.

El capataz extendió los brazos, desconsoladamente:

—He aquí otro misterio, messer Primer Secretario.

—¿Qué queréis decir?

—Se fue anoche, llevándose consigo a Salaì y sus libros.

A Nicolás se le escapó una imprecación que distaba poco de ser una sonora y rebuscada blasfemia, e hizo estremecer con ella al pobre capataz.

—Pero, por Dios, ¿adónde ha ido? ¡Su deber, por el que la República le paga, es supervisar la excavación del canal!

Almieri sacudió con pesar la cabeza:

—Al principio, tras construir esa máquina diabólica, siguió con diligencia y gran interés los trabajos. Pero la extraordinaria capacidad con que su invento avanzaba en la excavación le distrajo enseguida de la obra. —Extendió de nuevo los brazos—: Es un hombre voluble, ya lo sabéis.

—¿Que le «distrajó»? —repitió Ginebra. La mujer parecía más interesada en las palabras del capataz que Nicolás y Durante.

—Sí, madonna. Empezó a encontrar piedras extrañas e innumerables conchas. Las recogía y pasaba noches enteras dentro de los hoyos más profundos, rebuscando y tomando apuntes con su mano zurda, la mano del diablo... —Almieri se santiguó por segunda vez, rápidamente—. Después tomó a dos trabajadores y les ordenó que le ayudaran.

El Secretario había dejado de sonreír, miraba a su alrededor y observaba, a lo lejos, la gran máquina excavadora, tirada por las yuntas de bueyes.

—¿Dónde están esos hombres?

—Se los llevó consigo, pero ignoramos adónde.

—Volvamos al recinto, capomastro, será mejor que descansemos. Después de escuchar vuestras palabras, mañana temprano organizaré la búsqueda.

Cuando ya se habían alejado en dirección a las casetas, recomfortados por no tener que respirar por más tiempo el hedor que subía del hoyo, repararon en que Durante se había quedado atrás. Lo llamaron a voces, pero el joven médico hizo señas de que no lo esperaran. Mastro Michele se acercó a él.

—Venid con nosotros, ser Durante. Dentro de poco el frío será insoportable.

—Quisiera examinar esos cuerpos. ¿Podrías procurarme una caseta y un hombre para que me ayude?

El capataz parecía sorprendido y al mismo tiempo disgustado.

—¿También vos, como messer Leonardo, os ocupáis de esas prácticas del demonio?

Durante soltó una carcajada.

—No puedo compararme en nada a semejante genio, me honráis demasiado. Pero he sido su discípulo, entre los poquísimos que aceptara, y sí, también yo disecciono cadáveres. Y éstos, abiertos precisamente por él, me interesan en particular.

—Como queráis, messere, haré que os los lleven a la caseta más

apartada. No será tan fácil encontrar a un hombre que os ayude en vuestra empresa, pero alguno se ofrecerá, por voluntad propia o por la fuerza.

El viaje los había dejado extenuados y cenaron sin apetito, en la casetta de ser Michele. Durante fue el primero en levantarse de la mesa, pidió que le excusaran y se adentró en la noche, solo. Ginebra estaba taciturna, molesta por algún motivo. Al cabo de media hora también ella dio las buenas noches y presumiblemente fue a su encuentro. Rencillas de enamorados, pensaron todos. Llegado el momento, el Secretario se levantó a su vez para retirarse. Almieri hizo lo mismo.

—¿Cuándo acabará esta guerra, messer Nicolás?

—Si tuviera esta información, amigo maestro, estaría en disposición de comandar a los mismísimos príncipes, no me bastaría con explicar los acontecimientos en mis escritos. Decidme vos, en cambio: ¿de verdad no sabéis nada acerca de esas armas secretas? ¿Cómo reaccionó, el maestro, al ver aquel pasquín que dejaron los pisanos?

—No sé nada, podéis estar seguro, y ninguna noticia ha llegado a mis oídos. Y él se limitó a mirar perplejo aquel mensaje...

—¿Perplejo? ¿O quizá sería mejor decir «sorprendido»?

Almieri reflexionó un poco.

—Irritado. Todas esas cosas juntas y también puede que decepcionado. Sí, sobre todo parecía decepcionado.

A Maquiavelo le habría gustado dar un significado a aquellas palabras, pero se limitó a mover la cabeza. Por su parte, Almieri, que no todos los días podía contar con la compañía de un hombre como aquél, insistió una vez más en la guerra y sus campañas, que tantas víctimas seguían causando incluso en su cuadrilla de excavadores durante las incursiones nocturnas. Nicolás trató de tranquilizarlo.

—Antes o después los pisanos se rendirán, no temáis. Esta pequeña guerra entre potencias ya en declive se ha reavivado sólo

porque hay un momento de tregua en las batallas de los que de verdad cuentan: aprovecharemos la ocasión y daremos un golpe decisivo, y no habrá sido en balde...

El capataz seguía sin comprenderlo.

—Pero de poco servirá, messer Secretario, si Pisa continúa siendo una potencia...

—Oh, no. Pisa quedará arrasada. Y también Pistoia, cuyas facciones en perpetua lucha me preocupan especialmente. Pero todo ello no completará su sentido hasta que las grandes potencias utilicen nuestras tierras como campo de batalla para sus enfrentamientos. Tendremos que tratar de influenciar en sus actos, hasta donde nos sea posible, para obtener con ello las mayores ventajas. Intentando que el Papa y los venecianos participen, por ejemplo, o, de lo contrario, enfrentándolos entre sí si esto resulta más conveniente para los intereses de la República...

—¿El Papa? Pero es el Santo Padre... ¿Acaso no protege a toda la Cristiandad? ¿No es amigo de los florentinos?

Maquiavelo se percató de que mastro Michele lo decía convencido, y lo miró compasivamente.

—Este nuevo Papa es más cruel que el papa Borgia, amigo mío. Añoro aquellos tiempos y los de su hijo Valentino, hombre de sagaz inteligencia y acción resuelta.

—Pero, Secretario, el Duca mandó asesinar a traición a aquellos príncipes, en Senigaglia, durante un banquete ofrecido por él, ¡y según dicen se acuesta con su hermana Lucrecia!

—Valentino es un político serio. Todas sus acciones, lejos de ser despiadadas e inútiles, son altamente eficaces si consideramos, como yo hago con convicción, que el bien último es la salud del Estado. Por aquel entonces yo me encontraba junto a él y pude escuchar sus confidencias. ¡Y que se acueste con quien le plazca!

—Pero ¡comete incesto, y eso es un pecado grave!

Era evidente que Almirante estaba profundamente escandalizado e hizo la señal de la cruz unas cuantas veces. A Nicolás no le apetecía seguir hablando con alguien que sabía tan poco de la vida po-

lítica. Así que le pidió volver a ver el pasquín y la injuriosa frase que habían escrito los pisanos, y acto seguido se retiró a su recinto, en el que le habían preparado una confortable habitación donde pasar la noche.

Mientras su siervo le desvestía y colocaba las ropas en el baúl, el Primer Secretario trataba de reflexionar. ¿Por qué motivo los pisanos hablaban de armas ocultas, cuando ni siquiera existía su proyecto? ¿Quizá Leonardo guardaba secretos tan graves que no podía compartirlos con nadie? Tuvo que admitir que ésta no era una hipótesis peregrina, y por un momento Maquiavelo sintió que un escalofrío le recorría el espinazo: aquel hombre misterioso y genial, algo inquietante sin duda, estaba tan apegado a sus ideas y a sus aparatos, era *artista* hasta tal punto, que, incluso en su condición de hombre de ciencia y de técnica, no entendía absolutamente nada de los vericuetos de la política. ¡Podía ser una presa fácil para cualquiera que quisiera utilizar su genio contra la propia Florencia! Le vino a la mente la gran máquina excavadora concebida por Leonardo y la imaginó, con ciertas modificaciones, en pleno campo de batalla. ¿Acaso los pisanos sabían algo que él, Nicolás Maquiavelo, Primer Secretario de la República de Florencia, ignoraba?

Quiso leer de nuevo la frase del pasquín que habían encontrado junto a los cuerpos:

*Que las armas secretas del diablo vayan a dar en el culo
de Maquiavelo.*

Eran palabras de desafío, burlonas y arrogantes: venían a decir que ellos, los pisanos asediados por los florentinos, resistirían y vencerían a pesar de las armas secretas, cualesquiera que fueran. ¿Y de quién eran? Del diablo... Nicolás pensó inevitablemente en *la mano del diablo*, la zurda. De donde se deducía que les había llegado alguna noticia confusa, tal vez algún rumor, y lo habían aso-

ciado con Leonardo y aquellos cuerpos que habían lanzado con escarnio a la fosa. Pero ¿dónde habían hallado al gorila y a los hombres negros? ¿De dónde salían? Conociéndolo, que les hubiera practicado la *notomía*, como gustaba de llamarla, era tan natural que parecía obvio. Pero ¿eran quizás hombres de una fuerza inusitada, soldados de un ejército invencible y letal, que él había hecho venir de ultramar? ¿Y todo ello sin comunicárselo a nadie, ni siquiera al Primer Secretario de la República? Tenía que dar con él, con ese hombre cándido y sabio, zarandearlo o amenazarlo, o someterlo a insólitos tormentos si era preciso, con tal de que le desvelara aquel misterio.

Alguien llamó a la puerta, con delicadeza. Y entró la hermosísima Ginebra, vestida con un salto de cama de color blanco que le ceñía la cintura: resultaba tan provocador e inusitado que ni siquiera él, que tenía una larga trayectoria con damas de todo tipo y condición, había visto nada semejante. Pero no le sorprendió, puesto que la mujer de Durante era imprevisible.

—¿No dormís, madonna Ginebra?

—No por falta de sueño, ser Nicolás. Peno por Durante.

La esplendorosa dama se le acercó, y fue a sentarse al borde de la cama. A Maquiavelo le llegó el perfume de espliego, y siguió con los ojos el leve movimiento de su pecho al respirar, atisbando sus formas exactas bajo el velo de tan especial vestido.

—¿Qué sucede?

—Todavía no ha regresado al recinto. Está fuera, en medio del frío, y me parece que sigue en la caseta a la que le han llevado esos cadáveres inmundos.

—Tiene aquí su instrumental médico, luego querrá inspeccionar el trabajo que el maestro ha llevado a cabo: como sabéis, en este arte, él es uno de sus mejores discípulos. No hay nada que temer: los guardias vigilan, y nos hallamos lejos del lugar donde los pisanos suelen hacer sus incursiones nocturnas.

—En realidad no estoy preocupada por esta noche. Más bien me inquieta la ciudad de Florencia.

—¿Por la carrera política que le espera, madonna Ginebra? Durante cuenta con buenas protecciones, podéis estar tranquila. Se convertirá en prior en cuestión de meses, y para el título de gonfalonero el camino está allanado...

La mujer guardó silencio. Se acercó un poco más a Nicolás; cuando le dirigió la palabra, su rostro casi le rozaba, y el Secretario sintió el perfume de su aliento.

—Hay enemigos externos e internos, bastante peligrosos.

—Los enemigos externos lo son en la misma proporción para todos, también yo me expongo a ellos cada día. La República debe conquistar su independencia por sí sola, como si cada día fuera el primero.

—¿Tal es la fortaleza de los facciosos de los Médicis?

—Los tiranos quieren tomar Florencia, y lo intentarían por todos los medios. Entre ellos hay personas muy sagaces, madonna, y además cuentan con potentes aliados en el interior de la ciudad: ya sean aquellos que se declaran abiertamente sus partidarios, es decir, los Palleschi, o los que se esconden o incluso se infiltran en las filas de la República...

Ginebra se estremeció, indignada.

—¡Traidores y villanos!

—No, son gente astuta e inteligente: yo en su lugar haría lo mismo.

—¿Los justificáis? A veces creo que no os entiendo... Entonces, ¿si los capturaraís, a esos traidores, no les daríais el merecido castigo y les someteríais a un proceso público?

Maquiavelo se echó a reír:

—¡Los conozco a casi todos, madonna! Y mis decisiones al respecto dependerían de muchos factores. Por supuesto que si fuera conveniente para la razón de Estado, decretaría su muerte, y lo antes posible. Pero si me resultara útil, primero los sometería a una especie de proceso, o en caso contrario los mandaría estrangular en secreto...

—No puedo entenderlo...

—Cuando los enemigos son inteligentes —explicó pacientemente el Secretario—, los tengo en alta estima, y hasta trato de estudiar su comportamiento y, llegado el momento, les imito. Si se presta la ocasión, decido si su muerte será útil o no a mis fines, y actúo según me parece más apropiado.

Ginebra sintió escalofríos.

—Tenéis la moralidad de una sierpe, y sois frío de corazón.

—Os equivocáis. En mi corazón tengo el bien de la ciudad, no ambiciono riquezas ni poderes excesivos, carezco de ideas o pasiones que puedan inducirme a guerras de religión. Mi único objetivo es el bien de la República, su independencia, la salud de su comercio, la seguridad de sus ciudadanos. Algún día veremos nacer la certeza del Derecho... —El Secretario suspiró—. Y para obtener todo esto, considero la política como una ciencia, y así la aplico libre de emociones. Otros han visto arder sus aspiraciones, y no sólo en sentido metafórico...

—¿Como aquel hermano?

—Como fray Girolamo, sí. Vos visteis cómo terminó sus días. Era ágil de cabeza, pero tenía el corazón subyugado...

—Durante no está preparado para enfrentarse a un mundo tan despiadado.

—No debéis preocuparos en demasía: es un joven gallardo e impulsivo pero también perspicaz, y no pondrá su vida en peligro. No fue una casualidad que se convirtiera en discípulo de tan insigne maestro.

Ginebra acarició el brazo de Nicolás, quien, a pesar de no ser muy alto y de tener un físico más bien modesto, tenía los músculos bien entrenados.

—No es tan fuerte como vos. Ni mucho menos tan inteligente...

El Secretario sonrió:

—Pero es bastante más apuesto y sobre todo mucho más joven, madonna.

Ginebra comenzó a desnudarse y dejó al descubierto sus mag-

níficos senos, con la piel erizada a causa del frío. Le tomó la mano y le invitó a acariciar los pezones.

—Quiero a Durante, ser Nicolás, pero necesito un hombre esta noche.

—Perteneceís a otro, que ahora está ahí fuera, en medio del frío, y habéis dicho que penabais por él...

Ginebra terminó de quitarse la ropa y, completamente desnuda, se metió entre las sábanas, atrayendo hacia sí a Nicolás.

—¿Que *pertenezco* a un hombre? ¿Y decís esto precisamente vos, que por cuanto he oído decir creéis en el libre amor físico y su licitud, y en la igualdad entre hombres y mujeres?

Nicolás sintió que el deseo se tornaba irresistible y abrazó a aquella mujer espléndida, pero ella se despegó de él, se cubrió la espalda con la sábana para protegerse del frío, y lo cabalgó de frente, decidida a ser ella quien condujera el juego. «Como un hombre», pensó el Primer Secretario.

En la escondida cabaña, ante la cual montaba guardia un hombre de la confianza de ser Michele, los cadáveres hallados en la fosa yacían sobre una mesa, uno al lado de otro. Durante había acabado de lavarlos y los había inspeccionado externamente, como le había enseñado su maestro. Las proporciones del gorila eran impresionantes: brazos y piernas eran cuatro veces más robustos que los de un hombre fuerte; tenía la prueba ante sus ojos, si los comparaba con los mismos miembros de los hombres negros. Éstos, a pesar de ser muy altos, no parecían gigantes asesinos en absoluto. Su físico se correspondía con las descripciones de los viajeros de las regiones más remotas, quienes habían ido más allá del desierto de Libia, cerca de donde el sol alcanza su cenit. Si con «armas secretas» se referían a ellos, los pisanos se equivocaban de medio a medio: los soldados florentinos, bien pertrechados y con sobrada experiencia, los habrían masacrado sin dificultad alguna. Quizá creyeran que los hombres negros estaban en posesión de insólitos instrumentos

mortíferos, elaborados por su propio maestro, o incluso que algún espíritu maligno y sobrehumano les insuflaba vida: si bien era cierto que para él ese tipo de supersticiones eran del todo ridículas, no lo era menos que entre la gente gozaban de mucho crédito, y no sólo entre el pueblo llano. Por otra parte, había oído hablar de ejércitos enteros que se daban a la fuga ante hombres fanáticos, a quienes algún dux capaz de incitar con sus arengas a terribles sugerencias había convencido de poseer poderes inmensos. Tal vez los pisanos pensaran en eventualidades de este tipo. Porque era evidente que no podían conocer la terrible realidad del arma secreta, de la que sólo Leonardo estaba al corriente.

Durante se dispuso a observar qué escondía la piel de esos cuerpos. El trabajo desempeñado por su maestro, como cabía esperar, estaba a la altura de su arte: los cortes practicados se habían cerrado a la perfección con varios puntos cosidos con resistente cordel. De un barreño que había mandado llenar de vinagre, sacó un pañuelo de lino que pertenecía a Ginebra, le dio dos vueltas, lo escurrió y se tapó con él la nariz. Cogió de la bolsa una cadenita de plata con un muelle en cada extremo a modo de cierre, se la pasó por detrás de la nuca y enganchó los cierres en el pañuelo, de modo que éste quedara bien sujeto para protegerlo del hedor nauseabundo que desprendían los cuerpos. Entonces, con un cuchillo afilado y corto, deshizo los puntos del enorme simio. El cuerpo, ya en descomposición, se abrió como un libro desencuadernado, y a pesar del olor ácido y fuerte del vinagre, Durante sintió que la fetidez estaba a punto de asfixiarle. Si la naturaleza de los órganos internos del cuerpo humano era todavía misteriosa, a pesar de los estudios de su maestro, las vísceras de aquel horrible monstruo constituían más bien un enigma. En aquella masa putrefacta pudo identificar los cortes practicados: retiró el corazón, que los profanos consideraban sede del alma y de las emociones; apartó el estómago y los pulmones. Los intestinos, donde la descomposición estaba más avanzada, apenas podían identificarse ya. El corazón de la bestia había sido diseccionado con esmero, como dictaba la pre-

dilección de Leonardo por aquel maravilloso órgano, a la cual seguramente se debía su oscura fama de hechicero. Se disponía a cerrar de nuevo el cuerpo cuando se percató de que los cortes tomaban una dirección inesperada: recorrían de arriba abajo piernas y brazos. Así que cortó también esos puntos. Dentro del muslo del gigante hizo un descubrimiento que lo dejó aterrizado: el hueso más largo, que arrancaba aproximadamente de la articulación de la cadera, no llegaba a la rodilla: lo midió y se dio cuenta de que, en efecto, era mucho más corto. Aunque ésa no era la única anomalía: en los brazos, los dos delgados huesos articulados eran a la vez demasiado finos y demasiado largos, hasta tal punto que la piel estaba completamente tensada, cosa que no había detectado antes a causa del espeso pelaje. Con una navaja afilada comenzó a afeitar a la bestia. Tardó más de una hora, a pesar de que gracias a la incipiente descomposición los pelos se retiraban con facilidad. Cuando hubo terminado, observó otros indicios que lo inquietaron: unos cortes en las manos y el cráneo que habían sido cuidadosamente cosidos. La mayor sorpresa llegó cuando se dio cuenta de que algo sucedía con la mandíbula, bastante más pequeña y a duras penas encajada bajo la articulación de la quijada. Habría dado lo que fuera para poder consultar las notas que su maestro debió de tomar durante la *notomía* de aquellos cuerpos, escribiéndolas de derecha a izquierda y sin duda acompañándolas con dibujos de extraordinaria belleza.

Pero ¿dónde estaba Leonardo? ¿Hacia qué escondrijo había huido? Se lavó cuidadosamente en una bacia llena de agua, sin dejar de pensar en aquella inexplicable historia, y mientras se secaba y el basto tejido le rascaba la piel rosácea y delicada, le asaltó la idea de intentar reconstruir él solo los razonamientos del maestro, partiendo del gran descubrimiento que acababa de hacer. Llamó al guardia y tomó su antorcha, y después le ordenó marcharse y se encaminó de nuevo por el camino recorrido pocas horas antes junto a Nicolás y Ginebra. La noche sin luna estaba punteada por miríadas de luces: los excavadores trabajaban sin interrupción, en tur-

nos forzados, y la imponente máquina continuaba chirriando y transportando montañas de tierra. Vio a algunos operarios, agachados bajo las antorchas, concentrados en los trabajos de excavación. Los supervisaba un joven capataz, cuyo rostro apenas quedaba iluminado por las reverberaciones del fuego.

—¿Visteis cómo se iba el maestro?

—No, messere. Desapareció de la noche a la mañana, sin despedirse siquiera de nosotros.

—¿Seguro que se fue sin decir nada, ni tan sólo a ser Michele Almieri?

El joven capataz negó con la cabeza:

—Nadie se enteró. Tal vez quisiera embarcarse, sólo Dios puede saberlo.

Durante se inquietó enormemente al oír esas palabras.

—¿Por qué lo decís? ¿En dirección al mar? Entonces alguno de vosotros lo vio...

—No, messere. Sólo sabemos que los soldados lo vieron en la antigua vía de Livorno. Iba a caballo, como un joven, y a galope. Salai lo seguía de cerca, afanándose, y el carro con el equipaje iba quedando atrás.

Durante le dio las gracias con un gesto de la cabeza por aquella preciosa información y se dirigió a toda prisa hacia la fosa. El camino que conducía al hoyo de la empalizada, donde habían encontrado los cuerpos, estaba completamente a oscuras, y su antorcha apenas alumbraba unos cuantos brazos a la redonda. No tardó en encontrar la empalizada. Abrió el pequeño postigo y acercó la llama crepitante hacia el negro abismo: no veía nada, sólo la empinada rampa por la que horas antes había bajado, con riesgo de resbalar y descalabrarse. Sujetó en alto la antorcha mientras bajaba al fondo de la fosa. El terreno era duro, el aire estaba cargado y era fétido. A la trémula luz de la antorcha exploró la pared de la fosa, limpiamente cortada por la máquina, y descubrió, pegados a la tierra y al fango azul verdoso, unos huesos gastados y miríadas de conchas opalescentes. Le pareció oír un ruido y levantó la cabeza,

pero en lo alto tan sólo vio estrellas, limpidísimas e inmóviles. Siguió investigando con la ayuda de la llama, hasta que, justo en la parte más honda, halló algunas piedras grandes y extrañas, ligeramente luminiscentes. Las tocó y le pareció que estaban tibias, a pesar del intenso frío nocturno; pero pensó que a lo mejor ese raro mineral, desconocido para él, tenía la propiedad de conservar el calor del sol por más tiempo. Durante, fascinado, permaneció todavía un rato mirando la pared que aquella diabólica máquina había excavado, pensando en su maestro y en los dibujos de anatomía de sus códices, en los cadáveres diseccionados, en el terrible hocico de esos grandes simios y en los rostros de esos pobres negros masacrados y reconstruidos luego como marionetas. La llama de la antorcha se estaba consumiendo y vio que tenía que darse prisa. De rodillas, intentó remover el fango con las manos, pero se dañaba los dedos. Pensó en los aparejos que tenía en su laboratorio y se apresuró a levantarse para salir del hoyo. Entonces oyó con claridad un ruido por encima de su cabeza. Se levantó bruscamente y esta vez vio una sombra anómala, clara y recortada en la negra noche. Sólo en el último momento comprendió que se trataba de una roca que caía hacia él. Gritó, pero nadie podía oírlo.

Nicolás Maquiavelo se despertó de un sobresalto. Ginebra ya no estaba a su lado, lo cual no le sorprendió: estaba claro que había vuelto al lecho de Durante. No obstante algo le inquietaba. Era imposible que aquel joven médico ignorara que su Ginebra se entregaba con tamaño entusiasmo a los placeres de la carne, y que lo hacía con todos los gentilhombres por igual. Y sin embargo, en su mirada no había detectado ni un destello de celos, que, por cuanto irracionales, consideraba herencia inevitable del hombre.

Sacudió la cabeza, en cualquier caso no era asunto suyo. Había soñado algo bastante desagradable: los déspotas volvían a tomar el poder en su ciudad de Florencia, había comenzado la persecución

de los republicanos por las calles y a él lo habían arrestado y torturado, le habían confiscado los bienes y le habían impuesto el exilio junto a su familia... A pesar de que no era hombre que creyera en premoniciones, esas visiones nocturnas eran para él mucho más que temores. Representaban un futuro cuando menos probable, si las conjuras de los Paleschi, los partisanos de la derrocada estirpe de los Médicis, lograban imponerse.

Había acudido a la excavación del Arno atraído por la extraordinaria rareza del hallazgo de aquellos cadáveres, si bien con la idea en mente de regresar cuanto antes a Florencia para llevar a cabo una serie de arrestos. Pero ahora se veía obligado a investigar la fuga imprevista del artífice de la excavación del Arno, aquel hombre tan genial cuanto indigno de confianza, cuyo nombre todos temían siquiera pronunciar. Eso iba a complicarlo todo y le desagradaba: el maestro ya no era joven, pero sí fuerte como un hombre de treinta años, capaz de recorrer a caballo media Toscana sin pararse una sola vez, cosa que dificultaría hasta lo indecible el seguirle los pasos. Y luego estaban esos rumores sobre las armas secretas, que le preocupaban mucho más. Conocía bien los refugios y los laboratorios secretos de Leonardo, diseminados a lo largo y ancho de la Lombardía y la Toscana, y además las protecciones de que gozaba, desde Milán hasta las mismas puertas de Roma, no eran ningún secreto. Se levantó de la cama, se puso la camisa y se acercó al ventanuco de la habitación. En la oscuridad de la noche vio las miríadas de luces, como un campo de trigo tras la siega invadido por luciérnagas. Aquí, por el contrario, bajo cada llama había un hombre trabajando, entregado a una empresa inhumana y quizá sin sentido. Le vino a la mente una imagen dantesca, la de los sodomitas, que corrían bajo la oscuridad de una noche eterna atormentados por las llamas que caían del cielo: una imagen que siempre le había parecido una transposición deliciosa e irreverente del Pentecostés cristiano.

Ser Durante Rucellai se estremeció al ver el enorme pedrusco que había caído a un palmo de distancia, rozándole la ropa, y que había logrado esquivar sólo gracias a que en el último momento se había impulsado hacia un lado con todo su peso. Levantó la cabeza y atisbó una sombra que huía como un relámpago. Salió lo más raudo que pudo y en un santiamén alcanzó el lecho del inmenso canal, todavía sin agua, que se extendía hacia el horizonte. Echó a correr a toda velocidad. Por un momento, las miles de pequeñas luces recortaron una silueta ante sus ojos, pero ni siquiera era capaz de distinguir si se trataba de un hombre: podría haber sido la sombra de una mujer o incluso la de un simio. Movié la cabeza de lado a lado: la imaginación y el miedo le estaban haciendo perder el control. Estaba completamente solo, persiguiendo a la nada. Se detuvo y recuperó el aliento. El relente helado le había empapado la ropa, y si no quería ser presa de una tos maligna debía volver a su caseta de inmediato. Pero había dado con una información muy valiosa y por fuerza debía compartirla con Nicolás: si actuaba solo, no tenía posibilidad alguna de seguirle la pista al maestro, y, por otra parte, si partía en su búsqueda sin avisar, todos recelarían de él.

El Secretario le miraba desde la entrada de la caseta, con la sorpresa inscrita en los ojos. En efecto, pensó Durante, debía ofrecer a quien lo viera un extraño espectáculo: enfangado de pies a cabeza y con la ropa desabrochada y hecha jirones. Pero no quería contarle el peligro mortal al que se había expuesto. La curiosidad de Maquiavelo por su aspecto, por otro lado, no tardó en disiparse cuando le explicó que alguien había visto a Leonardo a galope por el antiguo camino que llevaba a Livorno, junto a Salai, seguidos a cierta distancia por el carruaje que transportaba el equipaje. Decidieron que al día siguiente, en lugar de regresar a Florencia, se dirigirían al pequeño puerto de la ciudad. Se dieron las buenas noches, y Durante pudo al fin volver a su habitación, saboreando de antemano el suave lecho que le esperaba.

Vio que Ginebra dormía plácidamente, arrebujaada hasta los ojos bajo las mantas. El joven médico buscó su Libro de Horas, un

pequeño y antiguo códice del que nunca se separaba y en el que guardaba su más preciado tesoro, e intentó tranquilizarse. Pero era incapaz de domeñar el ansia: ¡habían intentado matarle! La misteriosa huida de su maestro cobraba entonces otros tintes. ¿Y si también la vida de Leonardo, junto a su siervo y los hombres que se había llevado, se veía amenazada por un asesino? De la mente de aquel genio había nacido un armamento más destructivo que cualquier artefacto mortífero, más letal que el fuego griego que había insuflado nuevas fuerzas al extenuado Imperio de Oriente, ya en manos de los infieles desde hacía siglos. Durante recordó el pavoroso mecanismo en el que a regañadientes había tenido que dar vueltas. Quizá debería haberse sincerado con Nicolás, pero la mente lúcida y penetrante del Secretario, a veces con la precisión de un bisturí, era reacia a ocuparse de especulaciones filosóficas acerca del origen del espíritu humano y del alma. No lo habría entendido o puede que no lo aprobara. Y, sin embargo, si la idea del arma caía en manos de los enemigos de Maquiavelo, ¡acabarían con él como si de un juego de niños se tratara!

Ahora Durante sabía que también su vida corría peligro. Tenía que sacar una copia fidedigna del secreto que atesoraba y dejar el original entre sus pertenencias, como medida de seguridad. Todavía era noche cerrada, y, en la mesita de aquella humilde habitación, puso manos a un trabajo que iba a ocuparle el resto de las horas de sueño. Ginebra se había destapado, y la mirada de Durante se posó sobre su cuerpo desnudo. Le pareció que su pecho, bajo la melena azabache, suelta, se movía más rápido, como si estuviera despierta, seguramente debido al frío que reinaba aquella noche. Era una mujer de extraordinaria belleza, fascinante e inteligente. Pero él no podía darle la felicidad que se merecía. No le reprochaba la atracción que sin duda sentía por ser Nicolás, quien sí podía colmarla: había notado cómo se miraban durante la cena, ardientes de deseo. En aquel momento decidió que emprendería la búsqueda de su maestro en solitario, si es que todavía vivía, y que no revelaría a nadie sus intenciones. Había venido a buscarlo hasta la ex-

cavación del Arno, aprovechando la oportunidad que le brindaba messer Maquiavelo, con el único objetivo de completar su misión. Pero ahora debía cerciorarse de que no estaba en la mira de ningún enemigo.

Lo más importante de todo era la vida del escultor, del pintor, del arquitecto, del científico, del anatomista, del hombre más extraordinario de su tiempo: Leonardo di ser Piero da Vinci.